

**“Jesús la Puerta de Salvación”**

Caguarené.

Sal. 50:1-15; Is. 66:18-23; Hebreos 12:4-24; Lc. 13:22-30

Sermón sobre Lucas 13:22-30:

*Jesús, la puerta de la salvación*

Una persona se acercó a Jesús y le preguntó: “¿Son pocos los que se salvan?” (v. 23). Por naturaleza, “nuestra curiosidad siempre halla mucho más placer en ocuparse en... cosas ocultas y abstrusas [dificiles de comprender]... Es empero imprescindible diferenciar claramente entre lo que en la Palabra de Dios se revela con palabras expresas, y lo que no se revela.” “Pues fuera de lo revelado en Cristo... Dios calló y ocultó... cosas... y las reservó exclusivamente a su sabiduría y conocimiento. Y a nosotros no nos corresponde sondar ese misterio o dar lugar a nuestros propios pensamientos, deducciones y cavilaciones [suposiciones] acerca de Él, sino que debemos atenernos a la Palabra revelada. Esta advertencia es una imperiosa necesidad.”

“No hay duda, pues, de que Dios previó con toda exactitud y certeza antes de la fundación del mundo, y aún hoy sabe quiénes de los que son llamados creerán o no creerán; también quienes de los convertidos perseverarán en la fe y quiénes no perseverarán; quiénes volverán después de haber caído (en graves pecados) y quiénes caerán en el endurecimiento (perecerán en sus pecados). Sin duda alguna, Dios conoce también el número exacto de personas que habrá por ambos bandos. Sin embargo, ya que Dios ha reservado este misterio para su sabiduría y no nos ha revelado nada sobre él en su palabra, y mucho menos nos ha mandado investigarlo con nuestro pensamiento, sino al contrario nos advierte seriamente que desistamos de hacerlo (Ro. 11:3 y sgte.), no debemos razonar en nuestro pensamiento, ni sacar conclusiones arbitrarias, ni inquirir con curiosidad sobre estos asuntos, sino adherirnos a su Palabra, a la cual nos dirige Él.”<sup>1</sup>

Por esta razón, cuando le hacen la pregunta a Jesús “¿Son pocos los que se salvan?” (v. 23), Él les contesta: “Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán” (v. 24). Jesús no trata de esquivar la pregunta, sino que sabe que cuál es la respuesta necesaria para nosotros. Lo necesario para nosotros, con respecto a nuestra salvación, es que el camino a la vida eterna se compara con una “puerta angosta”.

La “puerta angosta” de la salvación. ¿Qué significa esto? Para comprender estas palabras, podemos ver lo que el Señor Jesús dice en otro lugar sobre la “puerta”. En Mateo 7:13-14, Jesús enseña lo siguiente: 13 Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; 14 porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan”. En contraste con la puerta angosta de la salvación, está presente también la “puerta ancha”, espaciosa, que lleva a la perdición. En otra parte además Jesús les dice, en Juan 10:7, 9: “De cierto, de cierto os digo: Yo soy la Puerta de las ovejas. 9 Yo soy la Puerta; el que por mí entrare, será salvo”. Así que, cuando Jesús nos habla y nos dice: “Esforzaos a entrar por la puerta angosta”, lo que quiere decirles, en otras palabras, es esto: “Confíen en Mí para su salvación, Yo soy la Puerta al cielo, solamente por medio de la fe en Mí, se puede entrar al cielo”.

Jesús es la puerta de la salvación. Él se refiere a sí mismo como la puerta “estrecha”, porque es la única entrada al cielo, así como en el arca de Noé había solo una puerta por la cual Noé y su familia y las otras criaturas ingresaron. Dice la Biblia: “Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo” (1 Ti. 2:5). Sin embargo, muchos son los que van por el camino ancho de la perdición, y entran por la puerta ancha de la condenación. Y cuando sea demasiado tarde, en vano “muchos procurarán entrar, y no podrán” (v.24b), “después que el padre de familia se haya levantado y cerrado la puerta” (v. 25a).

---

<sup>1</sup> *Libro de Concordia*: Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, art. XI, § 53a, 52, 54-55.

¿De quiénes está hablando Jesús específicamente? ¿Quiénes son los que dirán “Señor, Señor”, y no podrán entrar? En Mateo 7:21-23 Jesús mismo lo revela a ustedes, cuando dice: 21 “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. 22 Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? 23 Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.” Jesús “no se refiere a injustos de toda índole, sino a los que se destacan por la gran santidad y sabiduría [los que usaron la Palabra y el Nombre de Dios, pero en vano, sin confianza en ella, solo para aparentar, para ser famosos delante de los hombres]. Eso queda comprobado por... los que dirán en el juicio final: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre,... y en tu nombre hicimos muchos milagros?... Con esto Cristo ataca a los santos vanidosos que no han sentido jamás la ira de Dios y no han llegado al conocimiento de sus pecados... [ni tampoco] creen en la bondad de Dios, no confían en ella, no la invocan, ni la conocen, ni la enseñan.”<sup>2</sup> Quedarán afuera también los que se llaman cristianos, pero prefieren hoy “la sensualidad y los deleites de la carne, [en lugar de] la sujeción de la misma... La embriaguez, [en lugar de] la sobriedad... La lujuria, [en lugar de] la castidad.”<sup>3</sup>

Pero Jesús, a pesar de todo, sigue siendo la puerta de la salvación, aunque sean “pocos los que la hallan” (Mt. 7:13b). Porque esta puerta tiene forma de cruz, y “la palabra de la cruz es locura a los que se pierden;... a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios” (1Co 1:18). Cuando Jesús dijo estas palabras, se estaba dirigiendo a Jerusalén, a abrir la puerta al cielo mediante el sacrificio de su propio Cuerpo y Sangre en la cruz, en pago por los pecados del mundo. Antes de entrar en la ciudad, Jesús dijo, en Lucas 13:34: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!” “Dios nuestro Salvador... quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Ti. 3b-4). Pero si alguna persona no se salva, no es por el deseo de Dios (1 Ti. 2:3), sino culpa de la propia persona, porque le pareció pura tontería lo que decía la Palabra de Dios y despreció los Sacramentos.

Así que “el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley” (Ro. 3:28); y el pecador que no se arrepienta, será condenado al fuego eterno. El fuego eterno: “allí será el llanto y el crujir de dientes” (v. 28a), para todos los “hacedores de maldad” (v. b 27). “Hay, pues, doble castigo en el infierno: de frío y de calor... El llanto proviene del ardor y el rechinar de dientes del frío. Además el rechinar de dientes manifiesta la indignación, porque el que se arrepiente tarde se irrita contra sí mismo.”<sup>4</sup> Pero nosotros hermanos, no somos lo que hoy agradecemos a Dios por su gracia y bondad revela en Cristo Jesús. Agradecemos hoy por la salvación recibida de su mano. Cuando éramos nada, Dios nos hizo hijos suyos, nos santificó en la verdadera fe, la cual Él mismo sostiene por su Palabra, y la cual nos anima diciéndonos: “Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado” (1Ti 6:12). “Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, quien murió por nosotros para que ya sea que veamos, o que durmamos, vivamos juntamente con él” (1 Ts. 5:9-10).

Porque en el cielo les está reservado un lugar en la mesa. Allí verán y se sentarán a la mesa junto “a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios” (v. 28). Y también muchos “del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios” (v. 29). La noche de su pasión, al instituir el sacramento de la Santa Cena, nuestro Señor les prometió lo siguiente a sus discípulos: “Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre” (Mt. 26:29). ¡Qué hermoso lo que Jesús nos promete aquí! ¡Qué bueno saber que en la Santa Cena se nos presenta aquí y ahora un anticipo del banquete celestial! “¡Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su Señor, cuando venga, halle velando!; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles” (Lc. 12:37). Amén.

<sup>2</sup> Martín Lutero, *Salmos Penitenciales*, Salmo 6:8.

<sup>3</sup> Basilio, en *Catena Aurea* 10.322, Lc. 13:22-30.

<sup>4</sup> Beda, en *Catena Aurea* 10.322, Lc. 13:22-30.